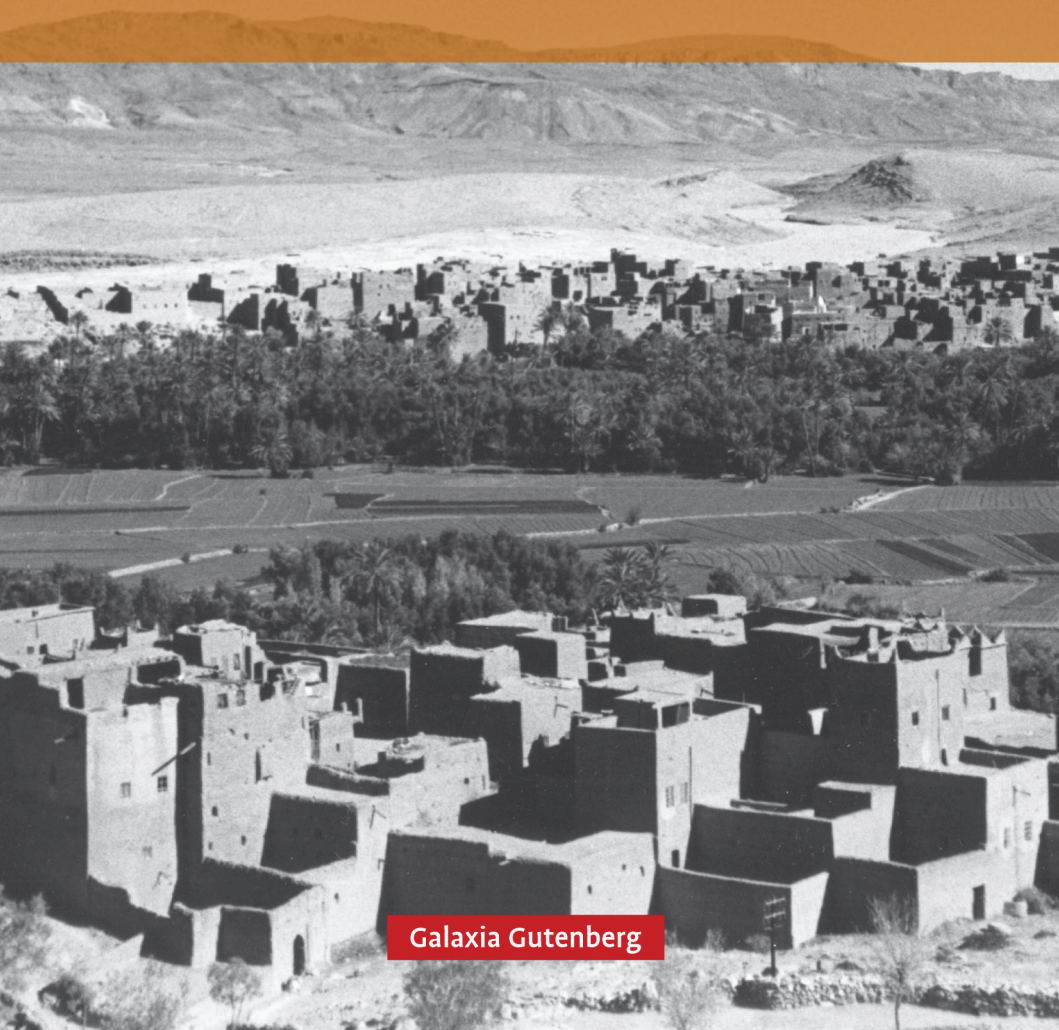


Paul Bowles
El cielo protector



Galaxia Gutenberg

PAUL BOWLES

El cielo protector

Traducción de
Nicole d'Amonville Alegría

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *The Sheltering Sky*
Traducción del inglés: Nicole d'Amonville Alegría

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: junio 2015

© Paul Bowles, 1949, 1976
Derechos reservados
© de la traducción: Nicole d'Amonville Alegría, 2006, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: DL B 14234-2015
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-37-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

PRÓLOGO

Fue una tarde de finales de julio de 1947. Acababa de despertar de una siesta inducida por el calor, porque Fez¹ puede ser bastante calurosa en verano. Recuerdo el aire viciado en la habitación claustrofóbica. «Abriré la ventana –pensé– y veré el puerto de Orán abajo, y el aire nocturno será refrescante.» Ya estaba metido en la novela que empezaba a escribir. La primera página tenía que formar parte de aquel asfixiante cuartucho de hotel donde yo estaba tendido. Establecer aquello me permitiría dirigir el movimiento como creyera conveniente. Sabía que me embarcaba en un largo viaje, pero sentía que debía acompañarme una mujer –preferiblemente una esposa– que ocuparía una habitación contigua. La única muchacha con la que había viajado hasta entonces era mi esposa Jane. De modo que inmediatamente inventé una esposa, y supe que me acompañaría durante todo el viaje. Fue así como una falsa Jane se convirtió en mi compañera. Sin duda esto influyó en la leyenda posterior de que Jane realmente había participado en el viaje. No me sirvió de nada negar su presencia o insistir en que el libro era ficción y no autobiografía. Así que, aunque Jane nunca había pisado el continente africano y estaba tranquilamente sentada junto a una piscina en Connecticut, los críticos dijeron lo que quisieron y en general dictaminaron que mi esposa me había acompañado al Sáhara.

Bernardo Bertolucci, que tuvo la idea fatídica de llevar este recaltrante libro al cine, creyó ver en él grandes posibilidades publicitarias. Quiso que Debra Winger se pareciera lo más posible a Jane. El que yo en aquella época tuviera ochenta años no pareció molestarle. Huelga decir que la película en sí no tuvo nada que ver con la campaña para

1. Debido a que el viaje en el libro comenzaría en Orán (Argelia), trasladé el hotel desde Fez a esta ciudad. El itinerario de los protagonistas no incluyó en ningún momento Marruecos.

hacer públicas nuestras vidas privadas. Sólo tuvo que ver con la publicidad. Pero cuanto menos diga sobre la película ahora, mejor.

No recuerdo por qué consideré necesario matar al protagonista masculino a media novela. Quizá me pareció que era injusto haber escapado a la peritonitis durante mi propia lucha con la tifoidea y que, por tanto, debía una vida, cualquier vida, al enemigo de fuera. Gracias al hospital Americano en Neuilly, y al buen estado general de salud propio de los veintiún años, logré evitar la peritonitis. Quince años más tarde, el enemigo se apoderó de mi héroe, y a mi esposa inventada, cuya personalidad había ido construyendo poco a poco a lo largo del libro, la abandoné a su propia suerte. Al final, libre ya del estado obsesivo impuesto por la escritura, supe que la muerte era necesaria, porque lo que yo quería por encima de todo era la experiencia de la muerte, no vista por un observador, sino desde dentro: tenía que ser yo quien muriera. Encontré que mi muerte fingida daba un empujón a la novela; después tuve que enfrentarme a otros problemas. Todo dependía de Kit y de lo que se sintiera impelida a hacer para sobrevivir. Las posibilidades narrativas eran infinitas. La novela seguía el rumbo de las fantasías de Kit, que para algunos críticos eran irreales por tratarse de mis propias fantasías masculinas. Y es cierto que, en la última parte del libro, en todas las escenas por las que discurre la narración, Kit es un objeto y sigue siéndolo hasta el final.

Costó publicar el libro. Fue un encargo de Doubleday, que rechazó la obra inmediatamente por considerar que no era una novela. Después pasó un mal año, en que todos los editores que la vieron la rechazaron. Fui yo, y no mi agente, quien finalmente mandó el manuscrito a James Laughlin de New Directions; afortunadamente le gustó y accedió a publicarla. Debido a que sus contables ya habían presentado las devoluciones de impuestos de 1949, no podía arriesgarse a mostrar ganancias por algo que él ya había considerado una pérdida (porque su interés en la edición era literario, no comercial), de modo que restringió la edición a 3.500 ejemplares en lugar de los 10.000 que había recomendado Publishers Weekly. Salió la segunda semana de diciembre, pero las ventas en aquel período vacacional se limitaron a los ejemplares disponibles.

A pesar de estos obstáculos, la novela fue entregada en estado saludable y ahora, cincuenta años más tarde, está en mejores condiciones que su autor.

PAUL BOWLES

Para Jane

Ningún hombre es dueño de su destino

Canción bereber

Libro uno

TÉ EN EL SÁHARA

Lo que tiene nuestro destino de nuestro y
de distinto es lo que tiene de parecido con
nuestro propio recuerdo.

EDUARDO MALLEA

I

Despertó, abrió los ojos. La habitación no le era familiar; estaba demasiado absorto en el no-ser del que acababa de llegar. Si carecía de energía suficiente para determinar su posición en el espacio y el tiempo, también le faltaban las ganas. Estaba en alguna parte, había regresado a través de vastas regiones desde ninguna parte; existía en la médula de su conciencia la certeza de una tristeza infinita, pero era tranquilizadora porque era lo único que le resultaba familiar. No necesitaba otro consuelo. Con extremo bienestar, extrema relajación, permaneció absolutamente quieto durante un rato y luego se sumió en uno de los duermevelas que se producen tras haber conciliado un sueño largo, profundo. De repente volvió a abrir los ojos y miró su reloj. Fue un acto puramente inconsciente, puesto que, cuando vio la hora, sólo logró confundirse. Se irguió, echó una mirada por la habitación de colores chillones, se llevó la mano a la frente y, exhalando un hondo suspiro, se dejó caer de nuevo en la cama. Pero ahora estaba despierto; pocos segundos después supo dónde estaba, supo que era avanzada la tarde y que había estado durmiendo desde el almuerzo. En la habitación contigua oía a su mujer deslizar las babuchas por el liso piso enlosado y aquel sonido lo tranquilizó, porque había alcanzado otro nivel de conciencia en el que la mera certidumbre de estar vivo no era suficiente. Pero qué difícil era aceptar la habitación alta y angosta, con su techo de vigas, los enormes y apáticos motivos ornamentales labrados con diferentes colores en torno a las paredes, la ventana cerrada de cristales rojos y naranjas. Bostezó: no había aire en la habitación. Más tarde bajaría del alto lecho y abriría la ventana de golpe, y en aquel momento recordaría el sueño. Pues, aunque no lograba recordar ningún detalle, sabía que había soñado. Del otro lado de la ventana estarían el aire, las azoteas, la ciudad, el mar. El viento de la tarde le refrescaría el rostro mientras estuviera allí mirando y en aquel momento llegaría el sueño. Ahora sólo podía

seguir tumbado, respirando despacio, casi a punto de dormirse otra vez, paralizado en el cuarto sin aire, sin esperar el crepúsculo, pero sin moverse hasta que llegara.

II

En la terraza del Café d'Eckmühl-Noiseux estaban sentados unos cuantos árabes bebiendo agua mineral; sólo los feces de diferentes tonalidades de rojo los distinguían del resto de la población portuaria. Sus ropas europeas estaban ajadas y grises; hubiera sido difícil ver el corte original de cualquier prenda. Los niños limpiabotas, casi desnudos, se acuclillaban en sus cajas con la vista clavada en el pavimento, sin energía suficiente para ahuyentar con la mano las moscas que se paseaban por sus caras. En el interior del bar el aire estaba más fresco pero inmóvil, y olía a vino rancio y a orín.

A la mesa, en la esquina más oscura, estaban sentados tres norteamericanos: dos hombres y una mujer. Conversaban tranquilamente, como quienes tienen todo el tiempo del mundo para todo. Uno de los hombres, el flaco de rostro ligeramente torcido y consternado, doblaba unos grandes mapas multicolores que un momento antes había desplegado sobre la mesa. Su esposa observaba sus meticulosos movimientos con diversión y exasperación; los mapas la aburrían y él los consultaba a cada rato. Aun durante los breves períodos en que sus vidas permanecían estacionarias, que habían sido bastante escasos desde su boda doce años antes, le bastaba con ver un mapa para decidirse a estudiarlo con pasión y entonces, casi siempre, se disponía a planear algún viaje nuevo, imposible, que a veces acababa convirtiéndose en realidad. No se consideraba un turista; era un viajero. La diferencia, explicaba, radica en parte en el tiempo. Mientras que el turista suele apresurarse por volver a casa al cabo de pocas semanas o de pocos meses, el viajero, sin pertenecer más a un lugar que al siguiente, se desplaza despacio y durante un período de años de una parte de la tierra a otra. En efecto, le hubiera costado mucho decir, entre los diversos lugares donde había vivido, en cuál precisamente se había sentido más en casa. Antes de la guerra habían sido Europa y Oriente Próximo, durante la guerra fueron las Antillas y Suramérica.

Y ella le había seguido sin reiterar sus quejas ni demasiado a menudo ni demasiado amargamente.

En aquel momento acababan de atravesar el Atlántico por primera vez desde 1939, con gran cantidad de equipaje y con la intención de alejarse lo más posible de los lugares que habían sido tocados por la guerra. Pues, como mantenía él, otra diferencia importante entre un turista y un viajero es que el primero acepta sin reservas su propia civilización; no así el viajero, quien la compara con las demás y rechaza aquellos elementos que no son de su agrado. Y la guerra era una faceta de la era mecanizada que él quería olvidar.

En Nueva York, habían descubierto que el Norte de África era uno de los pocos lugares adonde podían comprar un pasaje de barco. Desde sus primeras visitas en sus años de estudiante en París y en Madrid, parecía un lugar probable donde pasar alrededor de un año; en cualquier caso, estaba cerca de España y de Italia y siempre podían cruzar allí si aquello no salía bien. El pequeño carguero los había arrojado fuera de su cómodo buche el día anterior, sobre las dársenas calientes del puerto, sudando y ceñudos por la ansiedad, donde durante mucho tiempo nadie les había prestado la menor atención. De pie bajo el sol abrasador, había sentido la tentación de regresar al buque y de tratar de sacar un pasaje en el próximo barco a Estambul, pero hubiera sido difícil hacerlo sin perder la cara, puesto que fue él quien les había inducido a seguirlo al Norte de África. Así que echó una mirada flemática de un extremo a otro del muelle, hizo algunas observaciones razonablemente poco halagüeñas acerca del lugar, y lo dejó así, decidiendo en silencio emprender la marcha hacia el interior lo antes posible.

El otro hombre sentado a la mesa, cuando no hablaba, silbaba por lo bajo unas melodías interminables. Era unos años más joven, más fornido y despampanantemente guapo a su manera Paramount tardía, como le decía a menudo la joven. Por lo general, en su rostro liso no se veían expresiones de ningún tipo, pero los rasgos estaban formados de tal manera que en reposo sugerían una insulsa satisfacción.

Miraban absortos el fulgor polvoriento de la tarde calle adentro.

—No cabe duda de que la guerra ha dejado aquí su huella.

Pequeña, con pelo rubio y tez cetrina, la salvaba de ser bonita la intensidad de su mirada. Después de verle los ojos, todo su rostro se volvía vago, y cuando más tarde uno intentaba recordar su imagen, sólo quedaba la penetrante e interrogativa violencia de sus grandes ojos.

–Es natural. Las tropas pasaron por aquí durante un año o más.

–Podría haber habido algún lugar en el mundo que hubieran dejado en paz –dijo la joven.

Quería complacer a su marido porque sentía haberse enfadado con él minutos antes por los mapas. Él, reconociendo el gesto, pero sin entender por qué lo hacía, no le prestó atención.

El otro hombre se rió con condescendencia y el marido se le unió.

–Supongo que en beneficio tuyo –dijo el marido.

–En el nuestro. Sabes que odias todo esto tanto como yo.

–¿Qué es todo esto? –reclamó él a la defensiva–. Si te refieres a este desastre incoloro que se denomina a sí mismo ciudad, sí. Pero prefiero a años luz estar aquí que de regreso en los Estados Unidos.

Ella se apresuró a coincidir.

–Oh, por supuesto. Pero no me refería a este lugar o a ningún otro en particular. Me refiero a las cosas horribles que suceden después de cada guerra, en todas partes.

–Vamos, Kit –dijo el otro hombre–. No recuerdas ninguna otra guerra.

Ella no le prestó atención.

–La gente de cada país se vuelve cada vez más como la de cualquier otro. No tienen carácter, ni belleza, ni ideales, ni cultura... nada de nada.

Su marido extendió el brazo y le dio unas palmaditas en la mano.

–Tienes razón –dijo sonriendo–. Todo se está poniendo gris y se pondrá todavía más gris. Pero algunos lugares soportan la enfermedad más tiempo del que crees. Ya verás, aquí en el Sáhara...

Del otro lado de la calle una radio proyectaba los chillidos histéricos de una soprano. Kit se estremeció.

–Apresurémonos a llegar hasta allí –dijo–. A lo mejor escaparíamos de eso.

Escuchaban fascinados mientras el aria, tocando a su fin, disponía los ortodoxos preparativos para la inevitable última nota.

En aquel momento Kit dijo:

–Ahora que eso ha terminado, tengo que tomarme otra botella de Oulmès.

–Dios mío, ¿más de ese gas? Vas a despegar.

–Lo sé, Tunner –dijo ella–, pero no puedo quitarme el agua de la cabeza. Mire lo que mire, me da sed. Por una vez siento que podría dejar de beber alcohol para siempre. No puedo beber con el calor.

—¿Otro Pernod? —ofreció Tunner a Port.

Kit frunció el ceño.

—Si fuera Pernod de verdad...

—No está mal —dijo Tunner, mientras el camarero colocaba una botella de agua mineral sobre la mesa.

—*Ce n'est pas du vrai Pernod?*

—*Si, si, c'est du Pernod* —dijo el camarero.

—Tomemos otro trago —dijo Port.

Miraba fijamente su vaso, tontamente. Nadie habló mientras el camarero se retiraba. La soprano inició otra aria.

—¡Ha arrancado! —gritó Tunner.

Por un momento, el estruendo de un tranvía, que pasaba frente a la terraza haciendo sonar la campanilla, ahogó la música. Protegidos por el toldo pudieron atisbar el vehículo abierto que pasaba zarandeándose bajo el sol. Estaba atestado de gente andrajosa.

Port dijo:

—Ayer tuve un sueño extraño. He estado intentando recordarlo y acabo de hacerlo en este minuto.

—¡No! —exclamó Kit enérgicamente—. ¡Los sueños son tan aburridos! ¡Por favor!

—¡No quieres oírlo! —rió—. Pero voy a contártelo *de todos modos* —dijo esto último con cierta ferocidad que, superficialmente, parecía fingida, pero al mirar a su marido Kit sintió que en realidad disimulaba la violencia que sentía.

Calló los reproches que tenía en la punta de la lengua.

—Lo haré rápido —sonrió—. Sé que si me escuchas me haces un favor, pero no puedo recordarlo con sólo pensar en él. Era de día y yo estaba en un tren que iba cobrando velocidad. Pensé para mis adentros: «Vamos a estrellarnos contra un gran lecho con sábanas como montañas».

Tunner dijo malicioso:

—Consulta el *Diccionario gitano de los sueños* de Madame La Hiff.

—Calla. Y estaba pensando que si quisiera podría volver a vivir, empezar desde el principio y llegar hasta el momento presente, teniendo exactamente la misma vida, hasta el más ínfimo detalle.

Kit cerró los ojos descontenta.

—¿Qué te pasa? —reclamó Port.

—Pienso que es extremadamente desconsiderado y egoísta de tu parte insistir así cuando sabes lo aburrido que resulta para nosotros.

–Pero a mí me divierte mucho –sonrió él alegremente–. Y apuesto a que además Tunner quiere oírlo. ¿Verdad?

Tunner sonrió.

–Los sueños son lo mío. Me sé el La Hiff de memoria.

Kit abrió un ojo y lo miró. Llegaron las bebidas.

–Así que me dije a mí mismo: «¡No! ¡No!». Me horrorizaba la idea de revivir todos aquellos miedos y aquellos abominables dolores otra vez, *en detalle*. Y luego, sin motivo, miré por la ventana los árboles y me oí decir: «¡Sí!». Porque sabía que volvería a pasar por todo aquello sólo para oler la primavera como cuando era niño. Pero entonces me di cuenta de que era demasiado tarde, porque mientras pensaba «¡No!» había levantado la mano y me había arrancado los incisivos como si fueran de yeso. El tren se había detenido, yo tenía mis dientes en la mano y me puse a sollozar. ¿Sabéis esos terribles sollozos de los sueños que nos sacuden como un terremoto?

Kit se levantó torpemente de la mesa y se encaminó a una puerta que decía *Dames*. Lloraba.

–Déjala que se vaya –le dijo Port a Tunner, cuyo rostro reflejaba preocupación–. Está rendida. El calor la deprime.

III

Estaba incorporado en la cama leyendo, con unos pantalones cortos como único atuendo. La puerta entre sus dos habitaciones estaba abierta, como lo estaban también las ventanas. Sobre la ciudad y el puerto, un faro proyectaba su luz en un amplio y lento círculo, y por encima del tráfico irregular, un insistente timbre eléctrico sonaba sin tregua.

–¿Es la película de al lado? –gritó Kit.

–Seguramente –dijo Port distraído, sin dejar de leer.

–Me pregunto qué estarán dando.

–¿Qué? –posó el libro–. ¡No me digas que te apetece ir!

–No. –Sonaba dubitativa–. Sólo me lo preguntaba.

–Te diré qué es. Es una película en árabe llamada *Fiancée for Rent*.

Es lo que pone debajo del título.

–Es increíble.

–Lo sé.

Kit entró en la habitación fumando un cigarrillo, pensativa, y dio vueltas alrededor de un minuto. Él levantó la vista.

–¿Qué te pasa? –preguntó.

–Nada. –Se detuvo–. Sólo que estoy un poco disgustada. No me parece bien que contaras aquel sueño delante de Tunner.

Port no se atrevió a decir: «¿Por eso lloraste?», pero dijo:

–¡Delante de él! Se lo conté a él tanto como a ti. ¿Qué es un sueño? ¡Por Dios, no te lo tomes todo tan en serio! ¿Y por qué no habría de oírlo? ¿Qué hay de malo en Tunner? Lo conocemos desde hace años.

–Es un chismoso. Lo sabes. No me fío de él. Es un cuentista.

–Pero ¿con quién va a chismear aquí? –dijo Port, exasperado.

Kit, a su vez, estaba enfadada.

–¡No, no aquí! –saltó–. Pareces olvidar que algún día estaremos de regreso en Nueva York.

–Lo sé, lo sé. Cuesta creerlo, pero supongo que sí. Está bien. ¿Qué tiene de terrible que recuerde cada detalle y que se lo cuente a toda la gente que conocemos?

–Es un sueño tan sumamente humillante. ¿No lo ves?

–¡Tonterías!

Hubo un silencio.

–¿Humillante para quién? ¿Para ti o para mí?

Kit no contestó. Port prosiguió:

–¿A qué te refieres cuando dices que no te fías de Tunner? ¿En qué sentido?

–Sí, me fío de él, supongo. Pero nunca me he sentido del todo cómoda con él. Nunca he sentido que fuera un amigo íntimo.

–Qué bonito, ¡ahora que estamos aquí con él!

–Está bien, no pasa nada. Me gusta mucho. No me malinterpretes.

–Pero estás queriendo decir algo.

–Claro que quiero decir algo. Pero no es importante.

Kit regresó a su habitación. Él se quedó un rato mirando el techo, confuso.

Retomó la lectura y se detuvo.

–¿Estás segura de que no quieres ver *Fiancée for Rent*?

–Desde luego que no.

Port cerró su libro.

–Creo que me daré un paseo de una media hora.

Se levantó, se puso una camiseta deportiva y unos pantalones de vichy, y se peinó. Kit estaba sentada en su habitación, junto a la ventana abierta, limándose las uñas. Él se agachó y le beso la nuca allí donde el pelo rubio, sedoso, trepaba en surcos ondulantes.

–Es fabuloso eso que te has puesto. ¿Lo compraste aquí?

Olisqueó sonoramente, con apreciación. Luego le cambió la voz cuando dijo:

–Pero ¿a qué te referías con lo de Tunner?

–¡Ay, Port! ¡Por el amor de Dios, deja de hablar de eso!

–Está bien, preciosa –dijo él sumisamente, besándole el hombro. Y con una inflexión de fingida inocencia –: ¿Ni siquiera puedo pensar en ello?

Kit no dijo nada hasta que él llegó a la puerta. Luego levantó la cabeza y dijo con cierto resentimiento:

–Después de todo, es mucho más asunto tuyo que mío.

–Hasta pronto –dijo Port.

IV

Anduvo por las calles, buscando distraído las más oscuras, contento de estar solo y de sentir el aire nocturno en la cara. Las calles estaban atestadas. La gente se le apretaba, fijaban su mirada en él desde los portales y las ventanas, hacían abiertamente comentarios entre sí –con o sin simpatía, era imposible saberlo por las caras–, y a veces dejaban de caminar sólo para mirarlo.

«¿Serán amistosos? Sus rostros son máscaras. Parecen todos milenarios. La poca energía que tienen no es más que el ciego deseo de vivir, común a las masas, ya que ninguno de ellos come lo suficiente para adquirir fuerza propia. Pero ¿qué piensan de mí? Seguramente nada. ¿Me ayudaría alguno si tuviera un accidente? ¿O me quedaría tumbado aquí en la calle hasta que me encontrara la policía? ¿Qué motivo podría tener alguno de ellos para ayudarme? No les queda ninguna religión. ¿Son musulmanes o cristianos? No lo saben. Conocen el dinero y cuando lo consiguen lo único que quieren es comer. Pero ¿qué hay de malo en ello? ¿Por qué me hacen sentir así? ¿Culpabilidad por estar bien alimentado y saludable? Pero el sufrimiento está equitativamente repartido entre todos los hombres; cada cual ha de padecer lo mismo...» Emocionalmente, sentía que esta última idea no era cierta, pero en aquel momento era una creencia necesaria: no siempre es fácil soportar las miradas de la gente hambrienta. Con aquel pensamiento podía seguir caminando por las calles. Era como si él o la gente no existieran. Ambas suposiciones eran posibles. La sirvienta española del hotel le había dicho aquel mediodía: «La vida es pena».¹ «Claro», había replicado él, sintiéndose falso en el momento de hablar, preguntándose si un norteamericano puede aceptar de corazón una definición de la vida que la convierta en sinónimo de sufrimiento. Pero en aquel mo-

1. Las expresiones o frases en cursiva están en el idioma que aparecen (francés, árabe, español) en el original. (*N. de la t.*)

mento había aprobado el sentir de la mujer porque era vieja, ajada y tan del pueblo. Durante años, una de sus supersticiones había consistido en creer que la realidad y la percepción verdaderas se hallaban en la conversación de las clases obreras. Aunque ahora veía claramente que sus fórmulas de pensamiento y de habla eran estrictas y elaboradas —y por eso mismo tan alejadas de cualquier expresión profunda de la verdad— como las de cualquier otra clase, a menudo se sorprendía a sí mismo todavía en actitud de espera, con la infundada fe en que aún podían salir de sus bocas perlas de sabiduría. Mientras caminaba, su nerviosismo se le hizo manifiesto por la súbita conciencia de que estaba trazando la figura continua de un ocho con el índice derecho. Suspiró y se obligó a dejar de hacerlo.

Se animó un poco al salir a una plaza que estaba relativamente bien iluminada. Los cafés, en las cuatro esquinas, habían colocado mesas y sillas, no ya en todas las aceras, sino también en medio de la calle, de modo que hubiera sido imposible que un coche pasara por allí sin volcarlas. En el centro de la plaza había un parque minúsculo, adornado con cuatro plátanos podados en forma de parasol. Debajo de los árboles, por lo menos doce perros de diversos tamaños se agitaban en un corrillo y ladraban con frenesí. Lentamente se abrió paso por la plaza tratando de esquivar a los perros. Mientras caminaba cauteloso bajo los árboles, se percató de que a cada paso estaba aplastando algo bajo sus pies. El suelo estaba cubierto de grandes insectos; sus duros caparazones se quebraban tras pequeñas explosiones que le resultaban bastante audibles, incluso en medio de la bulla que hacían los perros. Era consciente de que normalmente hubiera sentido asco ante un fenómeno así, pero aquella noche, contra toda razón, en lugar de asco sentía un triunfo infantil. «Estoy fastidiado, ¿y qué?» Las pocas personas dispersas en las mesas estaban en su mayoría calladas, pero cuando hablaban Port oía los tres idiomas de la ciudad: árabe, español y francés.

Poco a poco la calle empezó a hacer bajada; aquello le sorprendió, porque él pensaba que la ciudad entera estaba construida sobre la pendiente que daba al puerto y había optado conscientemente por dirigirse hacia el interior, antes que hacia los muelles. Los olores en el aire se volvieron aún más fuertes. Eran variados, pero todos representaban un tipo u otro de suciedad. Esta proximidad con un elemento prohibido, por decirlo así, contribuyó a exaltarle. Se abandonó al placer perverso que hallaba en continuar poniendo un pie delante del otro mecánica-

mente, a pesar de ser muy consciente de su cansancio. «De repente me veré dando media vuelta y regresando», pensó. Pero no lo haría hasta entonces, porque no pensaba tomar aquella decisión. El impulso de retomar sus pasos se postergaba a cada momento. Finalmente dejó de estar sorprendido: una tenue visión empezó a perseguirlo. Era Kit, sentada junto a la ventana abierta, limándose las uñas y sobrevolando la ciudad con la mirada. Y al ver que su fantasía, a medida que transcurrían los minutos, volvía más a menudo a aquella escena, inconscientemente sintió que él era el protagonista y Kit la espectadora. La validez de su existencia en aquel momento dependía de la presunción de que ella no se había movido, de que seguía allí sentada. Era como si Kit aún pudiera verlo desde la ventana, diminuto y lejos como estaba, caminando rítmicamente colina arriba y colina abajo, a través de luces y de sombras; era como si sólo ella supiera cuándo daría media vuelta y caminaría en dirección contraria.

Las farolas quedaban ahora muy separadas y las calles ya no estaban pavimentadas. En las cunetas aún había niños que jugaban con la basura y chillaban. De repente una piedrecita le golpeó la espalda. Giró sobre sus talones, pero estaba demasiado oscuro para ver de dónde había venido. Unos segundos más tarde, otra piedra que venía de frente le cayó en la rodilla. En la penumbra vio a un grupo de niños que se dispersaba delante de él. Llegaron más piedras de la otra dirección, esta vez sin darle. Cuando los hubo adelantado, se detuvo en un lugar donde había luz y trató de observar a los dos grupos enfrentados, pero salieron corriendo hacia la oscuridad, tras lo cual prosiguió cuesta arriba con un paso tan mecánico y rítmico como antes. Un viento seco y caliente, que soplaba calle arriba desde la negrura que tenía enfrente, le dio de lleno. Olisqueó los fragmentos de misterio que contenía y volvió a sentir una exaltación inusual.

Aunque la calle se volvía cada vez menos urbana, parecía reacia a rendirse; seguía habiendo hileras de cabañas a ambos lados. Pasado cierto punto, no había más luces y las viviendas mismas yacían en la oscuridad. El viento, directo del sur, soplaba a través de las montañas yermas, invisibles, que tenía delante, sobre la vasta y llana *sebkha* hasta los bordes de la ciudad, levantando cortinas de polvo que trepaban hasta la cumbre de la colina y se perdían en el aire por encima del puerto. Se detuvo. Hasta el último arrabal había sido enhebrado en el hilo de la calle. Pasada la última cabaña, la basura y el suelo de grava del camino descendían abruptamente en tres direcciones. Abajo, en la penumbra, había

formaciones poco profundas y torcidas como desfiladeros. Port alzó los ojos al cielo: el polvoroso curso de la Vía Láctea era como una gigantesca grieta por la que se filtraba la tenue luz blanca. Oyó una moto a lo lejos. Cuando finalmente desapareció el sonido, no hubo nada que oír, salvo algún que otro cacareo, como si fuera la parte más aguda de una melodía reiterada cuyas demás notas fueran inaudibles.

Comenzó a bajar por el barranco a la derecha, deslizándose entre los esqueletos de pescado y el polvo. Una vez abajo, palpó una roca que parecía limpia y se sentó. El hedor era agobiante. Prendió una cerilla, vio el suelo cubierto de plumas de pollo y de cáscaras de melón podridas. Al levantarse oyó pasos, arriba, al final de la calle. Había una figura erguida en lo alto del terraplén. No dijo nada, pero Port estaba seguro de que aquella persona lo había visto, lo había seguido y sabía que él estaba sentado allá abajo. Encendió un cigarrillo y durante un instante vio a un árabe tocado con una *chechia*. La cerilla lanzada al aire dibujó una fugaz parábola, el rostro desapareció y sólo quedó el punto rojo del cigarrillo. El gallo cantó varias veces. Finalmente el hombre llamó a gritos:

—*Qu'est-ce ti cherches-là?*

«Ahora es cuando empiezan los problemas», pensó Port. No se movió.

El árabe esperó un poco. Caminó hasta el borde del declive. Una lata vacía rodó ruidosamente cuesta abajo hacia la roca en la que Port estaba sentado.

—*Hé! M'sieu! Qu'est-ce ti vo?*

Decidió contestar. Hablaba bien francés.

—¿Quién? ¿Yo? Nada.

El árabe bajó a saltos por el barranco y se detuvo frente a Port. Con los característicos gestos impacientes, casi indignados, prosiguió su inquisición:

—¿Qué haces aquí solito? ¿De dónde eres? ¿Qué se te ha perdido aquí? ¿Buscas algo?

A lo que Port respondió sin ganas:

—Nada. De allá. Nada. No.

El árabe se quedó callado un momento, tratando de decidir qué rumbo dar a la conversación. Dio varias caladas violentas al cigarrillo hasta que brilló mucho, y luego lo lanzó lejos y exhaló el humo.

—¿Quieres dar una vuelta? —dijo.

—¿Qué? ¿Una vuelta? ¿Adónde?

–Por allá. –Agitó el brazo en dirección a las montañas.

–¿Qué hay allá?

–Nada.

Hubo otro silencio entre ellos.

–Te pagaré una copa –dijo el árabe. Y añadió enseguida–: ¿Cómo te llamas?

–Jean –dijo Port.

El árabe repitió el nombre dos veces, como si considerara sus méritos.

–Yo –golpeándose suavemente el pecho–, Smail. Así qué, ¿vamos a beber?

–No.

–¿Por qué no?

–No me apetece.

–No te apetece. ¿Qué te apetece hacer?

–Nada.

De pronto retomaron la conversación desde el principio. La única diferencia era la nueva inflexión de auténtica indignación en la voz del árabe.

–*Qu'est-ce ti fi là? Qu'est ce ti cherches?*

Port se levantó y comenzó a trepar por el barranco, pero era una ardua tarea. Resbalaba continuamente. De repente, el árabe estaba a su lado, tirándole del brazo.

–¿Adónde vas, Jean?

Sin contestar, Port hizo un gran esfuerzo y alcanzó la cima.

–*Au revoir* –gritó, caminando rápidamente por el centro de la calle empinada. Oyó una agitación desesperada detrás de él; justo después el hombre estaba a su lado.

–No me has esperado –dijo en tono ofendido.

–No. Dije adiós.

–Iré contigo.

Port no contestó. Caminaron un buen trecho en silencio. Cuando llegaron a la primera farola, el árabe hurgó en su bolsillo y extrajo una billetera desgastada. Port le echó una mirada y siguió caminando.

–¡Mira! –exclamó el árabe, agitándola delante de sus narices. Port no miró.

–¿Qué pasa? –dijo secamente.

–Yo estuve en el Quinto Batallón de Tiradores. ¡Mira el papel! ¡Mira! ¡Ya verás!

Port apretó el paso. Pronto apareció gente en la calle. Nadie los miraba. Habríase dicho que la presencia del árabe a su lado lo hacía a él invisible. Pero ahora ya no estaba seguro del camino. No podía permitir que se le notara. Siguió caminando en línea recta como si lo tuviera muy claro. «Hasta la cima de la colina y hacia abajo –se dijo a sí mismo–, y seguro que no falla.»

Todo parecía extraño: las casas, las calles, los cafés, incluso la formación de la ciudad con respecto a la colina. En lugar de encontrar una cima desde la cual poder empezar a bajar, descubrió que allí todas las calles conducían perceptiblemente hacia arriba, fuera cual fuera la dirección que tomara; para bajar tendría que haber dado marcha atrás. El árabe caminaba solemnemente con él, ahora a su lado, ahora colocándose detrás cuando no había suficiente espacio para caminar juntos. Ya no intentaba entablar conversación; Port se percató con deleite de que estaba un poco falto de aliento.

«Puedo seguir así toda la noche si es necesario –pensó–, pero ¿cómo demonios llegaré al hotel?»

De repente estaban en una calle que no era más que un pasaje. Sobre sus cabezas, las paredes sobresalían a ambos lados hasta quedar a pocos centímetros la una de la otra. Por un instante Port dudó: ésa no era la clase de calle en la que quería entrar y, además, era evidente que no conducía al hotel. En aquel segundo el árabe tomó el mando. Dijo:

–¿No conoces esta calle? Se llama Rue de la Mer Rouge. ¿La conoces? Ven. Hay *cafés arabes* por aquí arriba. Muy cerquita. Ven.

Port reflexionó. Quería a toda costa perpetuar la ilusión de estar familiarizado con la ciudad.

–*Je ne sais pas si je veux y aller ce soir* –dijo en voz alta.

El árabe comenzó a tirar de la manga de Port, excitado.

–*Si, si!* –exclamó–. *Viens!* Te pago una copa.

–No bebo. Es muy tarde.

Cerca de allí dos gatos se gritaron el uno al otro. El árabe les chistó y golpeó el suelo con los pies; los gatos huyeron en direcciones opuestas.

–Entonces tomaremos té –prosiguió.

Port suspiró.

–*Bien* –dijo.

El café tenía una entrada complicada. Franquearon una puerta baja, en arco, bajaron por un pasillo sombrío y salieron a un pequeño jardín. El aire hedía a lirios y estaba impregnado del olor acre de las

alcantarillas. En la oscuridad, cruzaron el jardín y subieron por una larga escalera de piedra. Desde arriba llegaba el *staccato* de un pequeño tambor, cuyas frases indolentes retumbaban sobre un mar de voces.

—¿Nos sentamos fuera o dentro? —preguntó el árabe.

—Fuera —dijo Port.

Olisqueó el humo vigorizante del hachís y, al llegar a lo alto de las escaleras, se alisó el pelo en un acto inconsciente.

El árabe se fijó hasta en aquel pequeño gesto.

—No hay mujeres aquí, sabes.

—Oh, sí, ya lo sé.

A través de una puerta abierta, Port vislumbró la larga serie de habitaciones diminutas, muy bien iluminadas, con los hombres sentados por doquier sobre las esteras de caña que cubrían el suelo. Todos ellos estaban tocados con turbantes blancos o con *chechias* rojas, un detalle que prestaba a la escena tal aspecto de homogeneidad que Port no pudo contener una exclamación al pasar por delante de la puerta. Una vez en la terraza, a la luz de las estrellas, acompañados por el tañido ocioso de un *oud* cercano, Port dijo a su acompañante:

—Pero no sabía que quedara nada así en la ciudad.

El árabe no entendió.

—¿Así? —repitió—. ¿Cómo?

—Con puros árabes. Como allí dentro. Creía que todos los cafés eran como los de la calle, todos mezclados: judíos, franceses, españoles y árabes juntos. Creía que la guerra lo había cambiado todo.

El árabe se echó a reír.

—La guerra fue dura. Murió mucha gente. No había nada que comer. Eso es todo. ¿Cómo iba eso a cambiar los cafés? No, amigo mío. Todo sigue igual.

Un momento después dijo:

—¡Así que no has estado aquí desde la guerra! Pero ¿estuviste aquí antes de la guerra?

—Sí —dijo Port.

Era cierto; había pasado una tarde en la ciudad cuando el barco en el que viajaba hizo allí una breve escala.

Llegó el té; conversaron y bebieron. Lentamente, comenzó a formarse de nuevo en la mente de Port la imagen de Kit sentada junto a la ventana. Al principio, cuando fue consciente de ello, sintió una punzada de culpabilidad. Luego intervino su fantasía y le vio la cara, con los labios apretados de furia al desvestirse y arrojar sus ligeras ropas sobre

los muebles. A aquellas horas seguro que había desistido de la espera y se había acostado. Se encogió de hombros y entró en un estado meditativo, removiendo una y otra vez en el fondo del vaso lo que quedaba de su té y siguiendo con los ojos su movimiento circular.

–Estás triste –dijo Smaïl.

–No, no. –Levantó la vista y sonrió pensativo, luego volvió a mirar el vaso.

–Se vive muy poco tiempo. *Il faut rigoler.*

Port se impacientó; no estaba de humor para filosofías de café.

–Sí, lo sé –dijo bruscamente, y suspiró.

Smaïl le pellizcó el brazo. Le brillaban los ojos.

–Cuando salgamos de aquí te llevaré a ver a alguien.

–No quiero conocer a nadie –dijo Port, y añadió–: Gracias de todos modos.

–Ay, estás realmente triste –rió Smaïl–. Se trata de una joven. Hermosa como la luna.

El corazón de Port dio un brinco.

–Una chica –repitió automáticamente, sin apartar los ojos del vaso. Lo perturbaba ser testigo de su propia excitación interior. Miró a Smaïl–. ¿Una chica? –dijo–. Querrás decir una puta.

Smaïl estaba ligeramente indignado.

–¿Una puta? Ay, amigo mío, no me conoces. No te presentaría a una de esas. *C'est de la saloperie, ça!* Es una amiga mía, muy elegante, muy simpática. Cuando la conozcas, verás.

El músico dejó de tocar el *oud*. En el interior del café cantaban los números de la lotto: *Ouahad ou tletine! Arbaine!*

Port dijo:

–¿Cuántos años tiene?

Smaïl vaciló:

–Unos dieciséis. Dieciséis o diecisiete.

–O veinte o veinticinco –sugirió Port con una sonrisa impúdica.

Smaïl volvió a indignarse.

–¿Qué dices, veinticinco? Te digo que tiene dieciséis o diecisiete años. ¿No me crees? Escucha. La conoces. Si no te gusta, pagas sólo por el té y nos vamos. ¿Te parece bien?

–¿Y si me gusta?

–Bueno, pues harás lo que quieras.

–Pero ¿le pagaré?

–Pues claro que le pagarás.

Port se echó a reír.

–Y dices que no es una puta.

Smaïl se inclinó hacia él por encima de la mesa y dijo con una gran demostración de paciencia:

–Escucha, Jean. Es una bailarina. Llegó de su *bled* en el desierto hace apenas unas semanas. ¿Cómo puede ser una puta si no está registrada y no vive en el *quartier*? ¿Eh? ¡Dime! Le pagas porque consumes su tiempo. Ella baila en el *quartier*, pero allí no tiene ni habitación ni cama. No es una puta. Bueno, ¿vamos?

Port pensó largo rato, alzó la vista al cielo, la bajó al jardín y la paseó por la terraza antes de contestar:

–Sí. Vamos. Ahora.